

## **DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO**

**1ª lectura** (Sofonías 3, 14-18a): *Regocíjate, hija de Sión.*

**Salmo** (Is12, 2-6): *«Qué grande es en medio de ti el Santo de Israel»*

**2ª lectura** (Filipenses 4, 4-7): *Os lo repito, estad siempre alegres.*

**Evangelio** (Lucas 3, 10-18): *Él os bautizará con Espíritu Santo.*

Podemos decir que «*el Judaísmo es la religión de la esperanza, el Islam, de la fe, y el Cristianismo, de la caridad*». El Judaísmo es la religión de la esperanza: el profeta Sofonías alienta la confianza del pueblo en Dios; la salvación sigue estando en Sión/Jerusalén. El Judaísmo sigue “*esperando su venida*”. El Islam es la religión de la fe entendida como “*sumisión*”. Para los musulmanes la fe está próxima a la del carbonero: asentimiento total, obediencia ciega. El musulmán no se rebela contra la voluntad de Dios.

El Cristianismo se centra en la caridad. La esperanza no la pone en la llegada del Mesías, pues cree que Jesús es el Mesías; es una esperanza alegre y activa: el Señor está cerca, nos dice Pablo en Filipenses. El Cristianismo tampoco acepta el destino fatal ni una fe ciega que se puede confundir con el fanatismo. Si Dios habla, cada persona es un interlocutor con Dios en la fe.

El Cristianismo hace una afirmación revolucionaria, que nunca antes había hecho otra religión: «*Dios es amor*». Además la Iglesia nos aporta una palabra más a considerar: la “*misericordia*”. No es una palabra nueva ni es exclusiva de ninguna confesión: el Antiguo Testamento presenta a Dios repetidamente como «*compasivo y misericordioso*»; para el Islam “*el misericordioso*” es uno de los noventa y nueve nombres de Dios. En los evangelios, Jesús se compadece de las personas que le gritan pidiendo ayuda.

La misericordia funciona como un principio que aparece en los momentos fundamentales de la vida humana y religiosa. Dios es amor, y lo hace patente en la misericordia que sobrepasa cualquier expectativa humana. La misericordia está abierta a la esperanza, pues de lo contrario se ahogaría en un presentismo corto, sin miras. La misericordia necesita de la fe: todos los que piden ayuda a Jesús son personas que creen que Él puede ayudarlas.

La figura de Juan Bautista parece que no tiene cabida en lo dicho. Aparece como un profeta duro y exigente: predica la justicia, no soporta el abuso de los soldados o de los recaudadores. No hay ningún texto del evangelio en el que se nos diga que alguien pidiera misericordia a Juan; sin embargo, abundan los que se refieren a Jesús. Juan aún se mueve en el tiempo del Antiguo Testamento. Él no es el Mesías, pero nos señala a Jesús, que pone rostro y nombre a la misericordia de Dios.

Buen tiempo, éste de Adviento, para hacerse la pregunta que se hacía la gente al escuchar a Juan: «**Y nosotros, ¿qué debemos hacer?**». A la luz de este evangelio, ¿qué respuesta creo que me daría el radical profeta Juan?, **¿qué debo yo hacer?**

El amor no es una ideología ligada a algunos movimientos religiosos. El amor es la energía que da verdadera vida a una sociedad. En toda civilización hay fuerzas que generan vida, verdad y justicia, y fuerzas que desencadenan muerte, mentira e indignidad. No es siempre fácil detectarlo, pero en la raíz de todo impulso de vida está siempre el amor. Por eso, cuando en una sociedad se ahoga el amor, se está ahogando al mismo tiempo la dinámica que lleva al crecimiento humano y a la expansión de la vida. De ahí la importancia de cuidar socialmente el amor y de luchar contra todo aquello que pueda destruirlo.

Una forma de matar de raíz el amor es la manipulación de las personas. En la sociedad actual se proclaman en voz alta los derechos de la persona, pero luego los individuos son sacrificados al rendimiento, a la utilidad o al desarrollo del bienestar. Cada vez hay más personas que viven una NO libertad “*cómoda, confortable, razonable, democrática*”. Se vive bien, pero sin conocer la verdadera libertad ni el amor.

Otro riesgo para el amor es el funcionalismo. En esta sociedad de la eficacia lo importante no son las personas, sino la función que ejercen. El individuo queda fácilmente reducido a una pieza del engranaje: en el trabajo es un empleado, en el consumo un cliente, en la política un voto, en el hospital un número de cama... En una sociedad así las cosas funcionan, pero las relaciones personales mueren.

**¿Qué podemos hacer cada uno?** Frente a tantas formas de desamor a que nos conduce esta sociedad, el Bautista sugiere una postura clara: «*El que tenga dos túnicas, que se las reparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo*». **¿Qué podemos hacer?** Sencillamente, compartir más lo que tenemos con aquellos que viven en necesidad. Así de simple. Así de claro.